

consiguí contra ellos una victoria sangrienta: ocupó á Alepo, Emesa, Damasco, donde perdonó generosamente las personas y bienes. Pero no tardó en formarse un nuevo ejército en Egipto, que recobró la Siria, destruyó á Damasco y acumuló nuevas riquezas á las muchas que ya poseía el reino del Nilo.

Trató dos veces Casan de volver á conquistar la Siria, pero sin poder conseguirlo; y Nasser Yusuf volvió triunfante al Cairo. Casan sin embargo permaneció poderoso y amado en el Iran, donde multiplicó los actos de devoción, los edificios religiosos, las fundaciones piadosas, llevando la liberalidad hasta el punto de arruinar la hacienda. A ejemplo suyo, los mongoles empezaron á edificar, ellos que en otro tiempo no sabían más que destruir. Murió sentido, instituyendo por heredero á su hermano (17 marzo de 1304), al cual recomendó mantener las leyes que él había dado, no establecer nuevos impuestos, y continuar las pensiones que había concedido. Musulmán celoso, dió Casan pruebas de favor á los descendientes de Alí, y propagó en su ejército aquella creencia. Habiendo reunido los principales miembros del clero, les habló de esta manera: «Llevais el hábito religioso, y tratais de parecer perfectos á los ojos de Dios, más que á los de los hombres; estos pueden engañarse con las apariencias. Dios vé los corazones, é indignándose con la falsedad, la castiga en este mundo y en el otro; desenmascara á los hipócritas, los despoja de sus trajes y de su usurpada reputación, entregándoles á la risa y al desprecio del mundo. Aunque iguales á todos los hombres, habeis adquirido por vuestro traje una reputación de raras virtudes, las habeis consolidado con vuestros discursos y vuestra rigidez. Consultad con vosotros mismos si podeis llenar exactamente los deberes que os impone vuestro hábito: si lo haceis, tendreis un insigne mérito ante Dios y los hombres; sino, la vergüenza será vuestra suerte. Dios me ha elevado por vuestras culpas al imperio, á fin de que gobierne con equidad; me ha impuesto hacer justicia y castigar los culpables segun sus faltas, y con más severidad á los que ocupan más elevado puesto. Es, pues, mi deber el tener fija la vista en vuestras faltas, y no creais que quiero tener consideración al vestido. Que vuestras acciones estén conformes con la ley y preceptos del Profeta; que cada uno cumpla con sus deberes, y dirija á los demás por la senda de salvación. No os sostengais uno á otro por espíritu de cuerpo, y no exijais de los demás lo que Dios no manda, porque sería injusto que atormentaseis al prójimo para adquirir reputación, y que quisieseis mostrar por la salvación de otro, más celo que el que muestran Dios y el Profeta. ¿Falto yo á la ley y á la religion? advertidme, y vuestros discursos

me persuadirán, de que estando vuestro corazón de acuerdo con la vocación que manifestais, vuestras palabras sean inspiradas por la sinceridad, el celo y el valor; de otra manera no harán más que provocar mi cólera.» (3)

Sabia muchas lenguas y la historia de los diferentes pueblos, pero sobre todo la de los mongoles, citando de memoria los nombres de sus predecesores y de los diferentes generales, con su genealogía. Sabia trabajar en todos los oficios, hasta el punto de poder dirigir á los artesanos en sus tareas. Instruido también en medicina y botánica, descubrió en Persia muchas yerbas que se llevaban á gran precio de la China y la India. Aplicábase además á la química sobre todo, para buscar la piedra filosofal. Conocía encantamientos para curar toda clase de males y predecir lo futuro; en fin, había inventado para observar los astros, un instrumento como no se había visto hasta él. Ni estas diferentes ocupaciones ni el placer de la caza le impedían distribuir exacta y pronta justicia y velar sobre la conducta de los magistrados. Trató de alijerar á los vencidos el peso de la conquista, regularizando los impuestos, alentando la agricultura, asegurando la defensa de las fronteras, estableciendo correos para los cuales hizo disponer alojamientos, así como para los soldados, sin gravar á los particulares, y dió en feudo á los veteranos las tierras incultas.

Habiéndole sucedido su hermano Karbendé con el nombre de sultan Alyatú, dió muerte á los que podían disputarle la suprema categoría, y obtuvo la mano de Maria, hermana del emperador Andrónico II Paleólogo, que esperaba de esta manera contener á los turcomanos. Abrazó la secta de Alí, de donde resultó que el nombre de los tres primeros califas fué suprimido en el Kutabé para no hacer mención sino de Alí, de Hassan y de Hussein. Murió como sus predecesores gastado por las bebidas espirituosas y las mujeres.

Abu-Said, su hijo y sucesor, consiguió varias victorias contra el Egipto y la India y otros países contiguos á sus Estados (1317), prohibió los licores espirituosos é hizo cerrar las tabernas, así como los lugares de prostitución. Tuvo por sucesor á Arpakan, cuyo valor fué muy necesario para reprimir la anarquía que amenazaba destruir el reino fundado por Ulagú. Pero no tardó en sucumbir, y entonces todo se destruyó en medio de las divisiones que estallaron entre los diferentes emires. Después este imperio concluyó del todo en 1355 y se fundó una nueva dinastía mongola por Tamerlan.

(3) RASCHID-ELDIN, ob. cit.

CAPÍTULO XVI

RELACIONES DE LOS MONGOLES CON LOS CRISTIANOS.

Bien se ha podido ver si el mundo tenía razón para espantarse de estos nuevos enemigos, igualmente formidables para los siitas y los sunnitas, para los Alidas y para los Abasidas, para los califas de Bagdad y para los del Cairo, para los asesinos y para las órdenes caballerescas, para los indios y para los escandinavos (1), para los sectarios de Confucio, de Moisés, de Mahoma, de Buda y de Cristo.

Georgia.—En 1221 dos generales mongoles Sabada-baadur y Schupenuyan, fueron enviados para conquistar la Media, y atravesando el Cáucaso, asaltaron la Georgia; entonces fué cuando los cristianos conocieron por la vez primera á estos terribles invasores (2). La Georgia era el más poderoso de los Estados que habían quedado bajo la dominación de los príncipes cristianos, y tranquilo entre sus montañas, los generales de los califas no habían penetrado allí sino de paso. Es verdad que los Seljúcidas extendieron su autoridad sobre aquel territorio (1060); pero entre fines del siglo XI y principios del XII, David III, el Reparador, se aprovechó de las divisiones que habían estallado entre los príncipes turcos, y se apoderó de Teflis, su antigua capital, arrollándolos hasta el Araxes. Sus sucesores consolidaron el reino y tuvieron por vasallos á los príncipes armenios al norte de este río, emancipados merced á ellos del yugo musulmán. La familia

(1) En 1238 los daneses y los frisones no se atrevían á ir á la pesca de la sardina, dejando á sus mujeres asustadas por los mongoles.

(2) ABEL BEMUSAT, *Relaciones de los primeros cristianos con el grande imperio de los mongoles desde su fundación por Tsching-giskan hasta su división bajo Cubilay*; en las *Memorias de la Academia de Inscripciones y bellas letras*, tomo VI de la nueva série.

de Iwan, condestable de la Georgia, que poseía casi todo el país entre el Cur y el Araxes, los príncipes de Chamkor, de Kachen y otros muchos, veneraban como á señores y soberanos á los reyes de Georgia, cuya dominación se extendía el siglo XII desde el mar Negro, entre Trebisonda y la Crimea, hasta las gargantas de Derbend y la confluencia del Araxes y del Cur: así comprendía además de la Georgia, propiamente dicha, la Cólquide, la Mingrelia, el país de Abkas y la Armenia septentrional.

En tiempo de las cruzadas, la comunidad de religion y de intereses puso á estos príncipes en relaciones de amistad con los francos, aunque la distancia no les permitió ayudarles en su empresa. Cuando supieron la toma de Damietta escribieron á los vencedores para felicitarles, y les escitaron á apoderarse también de Damasco y de otras importantes plazas. Habían invitado los papas á su rey Jorge Lasca á cruzarse, y se disponía á hacerlo cuando lanzándose los tártaros sobre su territorio le obligaron á atender á su propia defensa. La cristiandad observaba las vicisitudes de la Georgia con aquel interés que se consagra á mirar como se estrellan las olas contra un dique que nos pone á cubierto de la irrupción de un río. Russudana, que había sucedido á su hermano Jorge, viendo acercarse el huracán, envió urgentes avisos al papa Honorio III, pero entre tanto llegaron los mongoles, y ora fuese que fingieran por astucia una cruz en sus estandartes, ora que una de sus insignias particulares tuviese semejanza con ella, se dejaron sorprender los de Georgia, tomándolos por cristianos. Pero recobrados de su primer susto, repelieron vigorosamente el ataque, que por entonces no tuvo más resultado, atendido que Gengis-kan fijó entonces sus ojos hácia otro lado.

Cuando Oktay, su sucesor, hubo determinado

avasallar á los Kin, levantó ciento cincuenta mil hombres, destinados á operar en dos opuestos lugares: en la Corea y al otro lado del mar Caspio. Batú, hijo de Tuchi, y nieto de Gengis, fué puesto á la cabeza de la segunda expedición (1227). Después de haber subyugado á los cumanos y á los búlgaros, entró en Rusia, por el país de los basquiros donde se apoderó de Moscou y de las principales ciudades de los gobiernos actuales de Vladimir y de Yaroslaf: entonces los príncipes de Rusia vinieron á ser tributarios del gran kan, así como lo hemos narrado detalladamente más arriba.

Llevándose consigo otros mongoles á sus mujeres y á sus hijos, se dirigieron hácia la Georgia y la Armenia, bajo el mando de Scharmagan y de otros diez y siete generales, Baschú-nuyan entre ellos, célebre después en Europa, con el nombre de Bayotnoy. En esta primera irrupción, cuya furia no dejaba más alternativa que la sumisión ó la muerte, cuando pirámides de esqueletos humanos, levantadas donde antes tenían asiento las ciudades derruidas, advertían los resultados que traía consigo la resistencia, algunos príncipes compraron su seguridad rindiéndose y asociándose á los mongoles para la ruina de sus hermanos; pero muchas ciudades de la Albania, de la Georgia y de la Gran Armenia, fueron saqueadas y quemadas. Refugiáronse sus moradores en las montañas, y la reina Russudana se encerró en Usanet, fortaleza inespugnable, y seguía solicitando desde allí socorros del Occidente, y prometiendo completamente sumisión al papa Gregorio IX. Pero era poco escuchada y menos atendida.

Mucho más apremiante pareció el peligro á los europeos cuando el ejército de Batú se enseñoreó de Kiof y de Caminiek (1240), prendió luego á Cracovia, puso en derrota cerca de Lignitz á las tropas de la Polonia, de la Moravia y de la Silesia, al propio tiempo que él en persona, á la cabeza de medio millón de hombres, batía al conde Palatino de Sajonia, y se adelantaba en desorden hácia la Germania llevándolo todo á sangre y fuego. Entonces Venceslao III de Bohemia pidió socorros á los príncipes vecinos: el Palatino de Sajonia escribió al Duque de Brabante, bosquejándole las devastaciones de aquellas feroces hordas. Matias París, refiere que poseída de miedo la reina Blanca, platicaba con San Luis de estas cosas y le decía: «¿Qué haremos ahora? Siniestrísimos rumores se han divulgado junto á nuestras fronteras. Esa terrible irrupción de tártaros parece que nos amenaza con una completa ruina, así como á nuestra santa Iglesia.» Y Luis con una voz llena de ternura le respondió: «Tengamos confianza en la ayuda del cielo: si esos tártaros se atrevieren á adelantarse, sabremos repelerlos hasta el Tártaro de donde han salido (3) ó en el caso contrario nos

(3) Este juego de palabras sobre los tártaros, pueblos, y el tártaro, infierno, es muy común en los escritos de aquel tiempo.

harán subir al cielo para gozar allí de la felicidad prometida á los elegidos.»

Efectivamente se les consideraba como á una raza infernal, especialmente á causa de grupos de llamas y de torbellinos de humo que se levantaban desde su campamento; espresiones que podrían muy bien designar las piezas de artillería, de que según hemos visto anteriormente, hacían uso los chinos. En su consecuencia se ordenó que se hiciesen fervorosas plegarias en toda la cristiandad, invitándola á que se reuniera en masa bajo el estandarte de la cruz. Un inglés que se había refugiado entre los mongoles y les servía de intérprete, fué repetidas veces á intimar la sumisión á Bela IV, rey de Hungría (1235); pero más generoso que prudente, quiso aquel príncipe permanecer fiel en su puesto como vanguardia de la Europa. Habiendo, pues, dispersado los tártaros á sus tropas poco numerosas, le quitaron el reino, y perseguido de cerca por las lanzas enemigas, tuvo que retirarse á Dalmacia, y desde allí á una isla del Adriático.

Hallándose de consiguiente los mongoles á la vista de Italia, Gregorio IX todo lo ponía en juego, promesas, indulgencias, amenazas, absoluciones, para reunir á la cristiandad y determinar á Federico II emperador á tomar la cruz. Pero este príncipe se contentaba con escribir bellas frases de retórica (4), convidando á la santa empresa á la Germania, ardorosa en los combates; á la Francia, madre de valerosos soldados; á la audaz y belicosa España; á la Inglaterra, fuerte en armas y provista de flotas; á la Alemania, llena de impetuosos guerreros; á la Dacia naval; á la indomable Italia; á la Borgoña, impaciente de la paz; á la inquieta Apulia con las islas piráticas del mar Griego, del Adriático y del Tirreno; á las invencibles islas de Creta, de Chipre, de Sicilia; á las islas y costas del Océano; á la sanguinaria Hibernia; á la ágil Gales; á la pantanosa Escocia; y á la glacial Noruega (5). Sin embargo, ocupado cada cual en su propio peligro, no parecía mostrar inquietud por el peligro ageno. Ya las cabezas de los más valerosos alemanes, clavadas en las puntas de las lanzas mongolas, sembraban el espanto entre los que hubieran intentado imitarles. Temeroso Venceslao de desguarnecer sus propios Estados, no quería unir sus esfuerzos á los de la Moravia. Respecto de Federico procedía con tanta lentitud, que sus enemigos llegaron á sospechar que él mismo había llamado á los tártaros á Europa. Estos le enviaron la invitación de costumbre, intimándole á ceder y á prestar homenaje por sus Estados y luego á escojer en recompensa el cargo que más le acomodara en la corte del kakan. Se-

(4) *Factatis inanibus verborum lenociniis, oratorem, quam raptó contra Tartaros exercitu christianum imperatorem agere malebat.* Greg. XI, ap. MATI. PARIS.

(5) MATIAS PARÍS.

gun las ideas chinas, que predominaban á la sazón entre los tártaros, no podía ser más honorífica la propuesta. Federico respondió chanceándose: *Como soy bastante inteligente en aves de rapiñas, juzgo que no desempeñaré mal el oficio de halconero.*

Luego que los mongoles hubieron convertido á la Hungría en un desierto, les obligó el hambre á emprender la retirada. Habíase libertado de su furia el Oriente con una sumisión pronta. Pero habiendo muerto el gran general Scharmagan (1240) el ejército quedó sumido en la mayor confusión, y cada comandante pretendió maniobrar por su propia cuenta. Habiendo ido á visitar un oficial inferior, llamado Siodsbuga, al príncipe georgiano Avag, y figurándosele que este había tardado mucho en salirle al encuentro, le hirió con las espuelas. Indignados los criados de Avag maltrataron al mongol, á pesar de los esfuerzos de su amo para impedirlo; y no tardó en volver con bastantes compañeros para tomar venganza de tal afrenta. Demasiado débil Avag para resistir, huyó al lado de Russudana; y aunque Siodsbuga fué castigado por los príncipes mongoles, á pesar de sus instancias para que volviera á sus dominios el príncipe georgiano, éste creyó necesario á su seguridad enviar un mensaje al gran kan, informándole de lo que había acontecido. Efectivamente, un yarlik ú orden supremo, fué dirigida á los generales mongoles para que trataran bien á Avag y á todos los príncipes armenios y georgianos, no exigieran nada por la fuerza y recaudaran solo los tributos impuestos.

También por mediación de Avag había concluido la paz con los tártaros la reina de Georgia (1244), sin salir de su refugio, á pesar de las seguridades y de los regalos que recibía de Baschú. Pero cuando Batú le dirigió latas proposiciones, le entregó en rehenes su propio hijo, el príncipe David. Conci biendo Baschú despecho de esta conducta, pensó en sustituir un rey á Russudana, y fijó los ojos en David, sobrino de esta, hijo natural de Jorge Lasca y heredero legítimo del trono. Háblele sido confiado por aquella al soldan de Iconio, quien le retenía en Cesarea prisionero. Baschú hizo que se le entregaran, y le envió al kakan haciendo valer sus derechos. Pero informado de ello Batú, hizo partir de su lado al otro David, provisto de recomendaciones todavía más eficaces (1248). Cayuk dió la preferencia al primero que había llegado, que fué David Lasca: luego que oyó al segundo, le confirió también el título de rey de Georgia bajo la condición de depender del primero. Russudana, perseguida siempre por los tártaros, acabó por envenenarse, y la Georgia quedó medio siglo bajo el dominio de ambos reyes ocupados á porfía en vejar al pueblo.

No cesaban los persas musulmanes de irritar á los tártaros contra los cristianos, hasta el punto de que los sirios, los albaneses y los armenios no podían ejercer su culto sino con mucho trabajo. En-

tonces vivía en la corte del gran kan un sirio, llamado Simeon, cuyo celo igualaba á la ciencia. Había ido á predicar el Evangelio á las estremidades del Asia; y Oktay lo llamaba *ata*, es decir, padre; los demás *rabbun*, esto es, maestro. Expuso el kakan las persecuciones ejercidas contra fieles súbditos; y este le envió á Armenia para administrar todo lo concerniente á los cristianos, que de esta manera recobraron la libertad de su culto (1241). El pueblo que ve milagros en todo acontecimiento, comenzó entonces á decir que los tártaros se habían convertido en cristianos.

Baschú, elegido por los generales para reemplazar á Scharmagan, marchó con un gran ejército contra el soldan de Iconio, le derrotó y se apoderó de Erzerum, Sebaste, Cesarea y otras ciudades. La madre, la mujer y la hija del sultan se refugiaron cerca de Aytú, rey de la pequeña Armenia; pero intimidado este príncipe y arrastrado por el ejemplo de los Estados vecinos, se sometió á Baschú, aceptando bajamente por primera condición, la de entregar los fugitivos. Entonces pensó Baschú que había llegado el momento de escuchar el voto de los cristianos de Siria, que le invitaban á emanciparlos de la opresión de los musulmanes, é intimó al príncipe de Antioquia á dismantelar sus ciudades y castillos, cederle todas las rentas de su principado en oro y plata, y en fin, mandar a su campo tres mil doncellas. *¡Vive Dios y sus santos!* exclamó desde luego Bohemundo V: «de los tres mandatos, no ejecutaré ninguno. Que la cosa se decida más bien con la sangre, y que del Señor proceda el juicio de esta gente.» Pero cuando supo la marcha triunfal de los mongoles á través de la Mesopotamia (1245), y el terror que esparcían á su paso, de tal manera, que las mujeres abortaban con solo pronunciar su nombre (6), resignóse á pagar el tributo con muchos otros príncipes musulmanes y cristianos (7), Kelat, Amida, Nisibe, Edeesa y otras muchas plazas de la Mesopotamia, fueron tomadas por los tártaros; pero el verano hizo aparecer en sus filas tantas enfermedades, que tuvieron que retirarse sembrando en su camino el espanto y la muerte.

Estando en guerra los mongoles con los Seljúcidas de Iconio y los demás príncipes musulmanes, contra quienes combatían por su parte los francos, estos hallaron tener un interés común con los mongoles y descuidaron esta inesperada alianza. Contando el papa Inocencio IV como suyos los adversarios de sus enemigos, trató de convertirlos al cristianismo; magnífica concepción, y menos ilusoria que lo que parece á primera vista. Corría la

(6) *Todas las personas de Oriente tuvieron gran miedo y odio, al solo nombre de tártaros, y el odio al oírlos nombrar en las ciudades y castillos, hacía que las damas en cinta abortasen de miedo y odio.* Peregrinacion del fraile BIEULT, manuscrito de la Biblioteca Real.

(7) MATIAS PARÍS, págs. 875, 937.

noticia que los mongoles no reconocían á Mahoma y perseguían á los musulmanes, que protegían á los cristianos, y siempre los dejaban libres en el ejercicio de su culto. Se sabía que admitían un solo Dios (*Tangri*, el cielo), y que practicaban pocas supersticiones (8). A esto se unía la milagrosa historia de un Preste Juan, su soberano, convertido á la fe (9), con una gran parte de sus súbditos, de los cuales muchos estaban bautizados. ¿Era preciso más en siglos crédulos para suponerlos muy adelantados en la fe? En siglos razonadores, se hubiera podido reflexionar que Gengis-kan no había determinado por su ley, preferencia hacia alguna creencia positiva; que estaban dispuestos los suyos á adoptar la primera que se presentase; y en efecto, en todas partes donde se establecieron, adoptaron la de los vencidos; budistas en la China, musulmanes en Persia, tal vez hubieran sido cristianos en Italia, y el prodigio de la conversión de los septentrionales se hubiera renovado con los orientales.

Misiones cristianas.—Mientras que todo el mundo no veía en los mongoles más que una raza que esterminar, sino se quería ser esterminado por ellos, lisongeábanse los pontífices de convertirlos á la civilización. En el concilio de Lion (1245), decretó Inocencio IV el mandar misioneros á los tártaros, y escribió para ello al prior de los dominicos de París. Cuando la carta se leyó en el capítulo, disputáronse los religiosos quien se presentaría para esta aventurera tarea, y los elegidos fueron mirados con envidia (10). Tres hermanos

(8) *Tartari unum deum colunt, factorem omnium bonorum, et panarum in hoc mundo datorem.* MARIN SANUTO III, § XIII, cap. 9.—Lo mismo dicen Pedro, arzobispo de Rusia, en MATIAS PARIS. Rubruquis, Juan Carpino, Marco Polo, etc. La citada peregrinación dice: *En el modo de vivir y en la creencia, difieren de todas las demás naciones del mundo; porque no se alaban de seguir la ley de Dios, como otras varias naciones dicen, sino que creen en Dios, con bastante fe y sencillez, por un movimiento de la naturaleza, que ella misma les muestra que sobre todas las cosas del mundo, hay una cosa soberana que es Dios.*

(9) Los nestorianos, que propagaron el cristianismo en el este del Asia, contaron grandes maravillas de un príncipe cristiano, rey y sacerdote antes, que llamaban el Preste Juan. La idea de tener en él un aliado hizo que los cruzados le buscaran por todas partes pero sin ningun resultado. Cuando entraron en relaciones con los tártaros, se aumentó su esperanza de encontrarle, y Rubruquis dice: «Era afamado en todas partes, aunque es verdad que nadie supiese nada cuando pasé por su país, escepto algunos nestorianos que contaban maravillas de él, y muy superiores á la verdad, como es costumbre suya (cap. XIX).» Los keraitas tenían en efecto conocimiento del cristianismo; y el nombre de su rey Ong-kan, fué interpretado Johan por los europeos que no dudaron haber encontrado al Preste Juan (pág. 54).

Perpetuase la opinión en Europa de la existencia de dos prestes Juan, uno en Abisinia, y otro en la Tartaria.

(10) Véase ODOR RAYNALDI, *Ann. ecclé.*—L. WADING, *Ann. Minorum.*—FONTANA, *Mon. Dominicana.*—VINC. BELLOVAC, *Spec. hist.*

menores, Lorenzo de Portugal, Juan de Piano Carpino, y Benito de Polonja, fueron mandados á Batú, acampado en aquella sazón á orillas del Volga, con órden de adaptarse á las costumbres y modo de vivir de los tártaros. Tres dominicos marcharon para ir á encontrar á Baschúnuyan en Persia y Armenia, á saber: Simon de San Quintin, francés; Alejandro y Alberto Ascelino, italianos, á los cuales se unieron en el camino, Guiscardo de Cremona y Andrés de Longiumello. Las cartas del papa de que eran portadores estos religiosos, exhortaban á los tártaros á abrazar el cristianismo, exponiéndoles los principales artículos de la fé y la supremacía concedida al papa sobre la tierra. Mezclando por otra parte á los ruegos las amenazas y cargos, les preguntaba en ellas qué motivo les impulsaba á destruir todas las demás naciones.

Cuando llegaron los dominicos al campo de Baschú á traves de indecibles peligros (agosto de 1246), puede concebirse la admiración de los tártaros, oyéndoles anunciar que iban como embajadores del más grande de los hombres. *¿No sabéis, decían, que el kacan es hijo del cielo?* Y se maravillaron aun más al saber que el papa ignoraba la existencia del kacan. En fin, su sorpresa no tuvo límites cuando vieron que no llevaban ningun regalo (11) y se negaban á prosternarse delante de Baschú, á menos que consintiese en convertirse al cristianismo. Enfurecidos algunos de ellos, proponían desollarlos vivos y enviar al papa su pellejo lleno de paja; otros temieron las represalias por parte de los cristianos y la desaprobación del kacan (12), como también el valor de los francos, muy afamado en Oriente, donde no existía empresa importante en la que no hubiesen tenido parte. Despacharon, pues, los mongoles á los buenos frailes, con una desdeñosa carta para el papa, en la que el kacan era llamado hijo del cielo, y en la que cualquiera que quisiese permanecer independiente de su poder, era tratado como rebelde (13).

(11) *Un francés llegó hasta el gran kan de los tártaros, y el emperador le preguntó qué cosa le llevaba. El francés respondió y dijo:—Señor, no os he traído nada porque no sabía vuestro gran poder.—¿Cómo, dijo el emperador, las aves que hienden los aires, no te dijeron nada de nuestro poder, cuando entraste en este país?—El francés respondió: Señor, tal vez me dirían, pero no entendi su idioma.—Y de esta manera se apaciguó el emperador.* Peregrinación citada.

(12) *Et cil qui avoit la cure des messagers dist a Bayonoy: «Te souvient il comment Cham fut jadis courechiez à moi pour un message que tu me fesis ochire, que je li esrachai le cuer dou ventre, et puis le pendi a mon poitral et portai par l'ost? Saiches, se tu me commendes ces messages a ochire, je ne le ferai pas, ains m'en irai plustost que je porrai a Cham, et l'ancuserai comme faus et deslojal des avures ke tu veuls faire.»* Id.

(13) *Papa ita scias: tui nuncii venerunt et tuas litteras ad nos detulerunt. Tui nuncii magna verba dixerunt. Nescimus utrum injunxeris eis ita loqui, aut á semetipsis dixe-*

Con ellos fueron dos embajadores de Baschú al papa, que los acogió con distinciones y les regaló vestidos de grana y ricas pieles; pero no pudo saberse el objeto de su misión.

Los frailes franciscanos encontraron á Batú en las orillas del Volga (noviembre), y le entregaron sus cartas, que fueron mandadas al emperador mongol, después de haber sido traducidas al esclavon, al tártaro y al árabe. El hijo del cielo llamó á su corte á los enviados, que al cabo de cuatro meses, llegaron á la tienda amarilla, y asistieron á la inauguración de Cayuk con cuatro mil embajadores, el rey de Georgia, Yaroslav, gran duque de Suzdal, y un sinnúmero de emires de la Persia, de la Transoxiana y del Irak. Los señores y barones allí reunidos tomaron en medio de la asamblea, una silla dorada sobre la cual hicieron sentar al nuevo monarca, diciendo: «Queremos, os rogamos y mandamos, tener poder y dominio sobre nosotros todos.» Y él respondió: «Puesto que me quereis por vuestro rey, ¿estais cada uno dispuesto á hacer lo que yo mande, á acudir á donde os llame, á ir donde os envíe, á dar muerte al que os diga?» Habiendo respondido todos afirmativamente, añadió: «Así pues, ¿desde este momento, mi palabra suplirá por mi espada?» Y todos aplaudieron. Entonces estendieron por el suelo una alfombra, sobre la cual le hicieron sentar, diciéndole: «Mira hacia arriba y reconoce á Dios, mira hacia abajo y considera donde estás sentado. Si gobiernas bien, si te muestras liberal y benéfico, si haces reinar la justicia, si honras á los príncipes y señores que dependen de tí, á cada uno segun su clase y dignidad, dominarás en toda magnificencia y esplendor, la tierra será sometida á tu poder, y Dios te dará todo lo que tu corazón pueda desear; pero si haces lo contrario, serás despreciable y vil, y tan pobre, que no te quedará más que la alfombra donde descansas.» Después colocaron á su mujer

sobre la misma alfombra, y los levantaron á ambos, proclamándolos en alta voz emperador y emperatriz. Le llevaron oro, plata, innumerables piedras, y otras riquezas dejadas por Scharmagan, y las regaló al momento á los príncipes y señores que le rodeaban. Llevaron después en carros una gran cantidad de carne cocida sin sal, de la que se distribuyó un pedazo á cada uno; y en la tienda sirvieron otra carne con sal y sopa, lo cual duró toda la fiesta.

Cuando terminaron las ceremonias de la coronación, los religiosos admitidos á la audiencia del gran mongol, le preguntaron porqué destruía el mundo: *Dios*, respondió, *me ha mandado, y á todos mis abuelos, castigar á las naciones culpables.* Como añadieran que el papa deseaba saber si era cristiano, replicó: *Dios lo sabe; si el papa desea asegurarse de ello, que venga y vea.* Fueron despedidos después sin otro resultado (14), con

(14) Juan de Piano Carpino había sido discípulo de San Francisco; primero, guardian en Sajonia, después, provincial de Alemania, propagó su órden en la Bohemia, la Hungría, la Noruega, la Dacia, la Lorena; en 1225 fué de misionero á España. A su vuelta de la Tartaria, recibió de Inocencio IV el título de arzobispo de Antivari.

Es el primero que ha proporcionado á la Europa noticias particulares sobre los mongoles y sus costumbres, y aunque tiene algo de crédulo y de inexacto, hemos tomado de él algunas noticias de las que damos en el texto. Refiere que Miguel, duque de Rusia, habiendo ido á rendir homenaje á Batú, fué llevado entre dos fuegos; que intimado á prosternarse ante la imagen de Gengis-kan, respondió que lo haría de buen grado delante de Batú, pero que su religion le prohibía hacer aquel homenaje á la imagen de un muerto. Como persistiese en su negativa, fué amenazado de muerte; y Batú, viendo que no quería ceder, le hizo dar tantos puntapiés en el vientre y en el estómago, que murió poco después.

«Mientras que estábamos en las tierras de Batú, dice en otra parte, aconteció que un tal Andrés, duque de Sarvoglio en Rusia, acusado delante de este príncipe de haber sacado caballos de la Tartaria para venderlos en otras partes, fué muerto, aunque no se probó el hecho. El hermano menor y la viuda del difunto, informados del acontecimiento, fueron á la corte de Batú para rogarle no les privase del principado; y Batú mandó que segun el uso de los tártaros, el príncipe se casara con la viuda de su hermano. Este respondió que se daría la muerte más bien que cometer un acto tan contrario á su religion. No obstante, aquel hizo que se le entregara al jóven, y como ella se negase también, los tártaros los condujeron al lecho, y los casaron, aunque la dama lloraba y daba gritos.» En otra parte dice también: «Los tártaros son los hombres más orgullosos, y desprecian á los jefes de otras naciones. Hemos visto en la corte del emperador al gran duque de Rusia, al hijo del rey de Georgia, á muchos sultanes y á otros príncipes, á quienes no tributaban ninguna clase de honores. Los mismos tártaros que tenían de centinelas, por ínfimos que fuesen, les tomaban la delantera, y ocupaban el mejor puesto.»

Es singular oír á fray Juan quejarse con frecuencia de la exigüidad de su alimento. «Marchamos con las lágrimas en los ojos creyendo íbamos á la muerte, porque estábamos

runt, et in litteris taliter scripseras: Homines multos occiditis, interemitis et perditis. Preceptum Dei stabile et statutum ejus qui totius faciem orbis continet, ad nos sic est: Quicumque statutum audierint, super propriam terram, aquam et patrimonium sedeant, et ei qui faciem totius orbis continet virtutem (servitutum) tradant. Quicumque aut preceptum et statutum non audierint, sed aliter facerint, ille deleantur et perdantur. Nunc superbum istud statutum et preceptum ad vos transmittimus. Si vultis super terram vestram, aquam et patrimonium sedere, oportet ut, tu papa, in propria persona ad nos venias, et ad eum qui faciem totius terra continet accedas. Et si tu preceptum Dei stabile et illius, qui faciem totius terra continet non audieris illud nos nescimus, Deus scit. Oportet ut antequam venias, nuncios pramittas, et nobis significes si venis aut non; si velis nobiscum componere aut inimicus esse; et responsionem precepti cito ad nos transmittas.

Istud preceptum per manus Aybeg et Sergis missimus mense julii, vigesimo die lunationis, in territorio Sitiensi castris scripsimus.

VINC. BELLOVAC, lib. 31, cap. 51. Viaje de Ascelino, página 80.